

CAPITULO III

GERARQUÍA PSICOLÓGICA DE LAS RAZAS

La clasificación psicológica descansa, lo mismo que la anatómica, en un reducido número de caracteres irreductibles y fundamentales.—Clasificación psicológica de las razas humanas.—Las razas primitivas.—Las razas inferiores.—Las razas medias.—Las razas superiores.—Elementos psicológicos de los cuales el conjunto permite hacer esta clasificación de las razas.—Elementos que tienen mayor importancia.—El carácter.—La moralidad.—Las cualidades intelectuales son modificables por la educación.—Las cualidades del carácter son irreductibles y constituyen el elemento invariable de cada pueblo. Su papel en la historia.—Por qué las razas diferentes no pueden comprenderse entre sí ni influirse.—Razón de la imposibilidad que existe para que un pueblo acepte la civilización de otro pueblo superior á él.

Cuando en un libro de historia natural se examina las bases de la clasificación de las especies, pronto se ve que los caracteres irreductibles y, por tanto, fundamentales en que las clasificaciones se basan, son harto reducidos en número, pudiendo ser expuestos en poquísimas líneas.

En efecto, los naturalistas no se ocupan sino de los caracteres invariables y no tienen para nada en cuenta los transitorios y modificables. Estos caracteres invariables ó fundamentales entrañan fatalmente una serie de otros subordinados á ellos.

Lo mismo sucede respecto á los caracteres psicológicos. Si se les observa en detalle se hallan de uno á otro individuo y de uno á otro pueblo divergencias innumerables y sutiles; pero si sólo se atiende á los caracteres fundamentales, se habrá de reconocer que los de cada pueblo son poco numerosos. No es mediante ejemplos como se puede mostrar claramente la influencia del pequeño número de caracteres fundamentales en la vida de los pueblos.

Las bases de una clasificación psicológica de las razas no pueden ser expuestas más que estudiando en sus detalles la psicología de diversos pueblos, cosa que daría materia para llenar varios volúmenes; nosotros nos vamos á limitar á trazarla en líneas generales.

No considerando más que sus caracteres psicológicos genéricos, las razas humanas se pueden dividir en cuatro grupos: 1.º, las razas primitivas; 2.º, las razas inferiores; 3.º, las razas medias, y 4.º, las razas superiores.

Las razas primitivas son aquellas entre las cuales no se hallan trazos de cultura y se hallan estancadas en el periodo vecino á la animalidad, por el que atravesaron nuestros antepasados allá en la edad de la piedra tallada; tales son hoy los fuigianos y los australianos.

Por encima de estas razas primitivas hállanse las inferiores, representadas, sobre todo, por los ne-

gros. Son capaces de rudimentos de civilización, pero sólo de rudimentos. No han podido traspasar nunca las formas de una civilización bárbara de todo punto no obstante que por azar hayan heredado, como en Santo Domingo, una civilización superior.

En las razas medias clasificaremos á los chinos, los japoneses, los mogoles y los pueblos semíticos. Con los asirios han creado los mogoles, chinos y árabes, tipos de civilización que solamente los europeos han sobrepujado.

Entre las razas superiores no se puede hacer figurar más que á los indoeuropeos. Sólo éstos han sido capaces de grandes invenciones en las artes, las ciencias y las industrias, lo mismo en la antigüedad, en las épocas de Grecia y Roma, que en los tiempos modernos. Es á ellos á quienes se debe el elevado nivel que hoy alcanza la civilización. El uso del vapor que hace la mecánica y el de la electricidad es obra de ellos. Los menos desarrollados de estas razas superiores, los indios, han alcanzado un nivel tan alto en letras, artes y filosofía que los mogoles, los chinos y los semitas no han podido alcanzar.

No es posible confusión alguna entre las cuatro grandes divisiones que acabamos de hacer: las separa un evidente abismo mental. Pero cuando se intenta subdividir estos grupos comienzan las dificultades á presentarse. Un inglés, un español, un

ruso forman parte de la división de los pueblos superiores y, sin embargo, sabemos que las diferencias que les separan entre sí son muy notables.

Para precisar tales diferencias es necesario tomar á cada pueblo separadamente de los demás y describir su carácter, lo cual haremos nosotros en seguida de dos de ellos, á fin de dar aplicación á nuestro método y mostrar sus consecuencias.

Por el momento no haremos sino indicar muy de pasada la naturaleza de los principios elementales psicológicos que permiten diferenciar las razas.

Entre las razas primitivas é inferiores—y no es necesario acudir á las puramente salvajes, puesto que las últimas capas de las sociedades europeas son del tipo de tales razas—se hallará siempre una incapacidad más ó menos grande para razonar; es decir, para asociar en el cerebro, comparar y percibir sus analogías y diferencias, las ideas producidas por las sensaciones pasadas ó las palabras, que son sus signos, con las producidas por las sensaciones presentes. De esta incapacidad para razonar resulta una gran credulidad y una ausencia completa de espíritu crítico. Por el contrario, entre las razas superiores, la capacidad de asociar las ideas y de deducir conclusiones es muy grande, el espíritu crítico y la precisión en los juicios están muy desarrollados.

Entre los seres inferiores se ve que la atención

y la reflexión son harto escasas y que tienen un gran espíritu de imitación, una tendencia muy marcada á deducir de casos particulares consecuencias generales inexactas, una débil aptitud para observar y deducir resultados útiles de las observaciones, una extrema movilidad de carácter y una gran imprevisión. Sólo el instinto del momento les guía. Como Esau—ejemplar de hombre primitivo—venderá su derecho de mayorazgo, para lo futuro, por un plato de lentejas presente. Cuando al interés inmediato el hombre antepone un mayor interés futuro, se propone un fin y le sigue con perseverancia, ha realizado un gran progreso.

Esta incapacidad de prever las consecuencias lejanas de las acciones y esta tendencia á no tener más guía que el instinto del momento, condenan al individuo, lo mismo que á la raza, á permanecer en un estado bastante inferior. Sólo á medida que han podido ir dominando sus instintos, es decir, que han adquirido voluntad y, por consiguiente, el imperio de sí mismo, los pueblos han ido comprendiendo la importancia de la disciplina, la necesidad de consagrarse hasta el sacrificio á un ideal y de elevarse á la mayor civilización posible. Si hubiéramos de evaluar con una medida única el nivel social de los pueblos en la historia, yo tomaría con gusto como tal medida el grado de su aptitud para dominar sus impulsos primarios. Los romanos, en la antigüedad, y los angloamericanos, son los pue-

blos que han mostrado tener esta cualidad más desarrollada.

Es por sus agrupaciones en general y por los respectivos desenvolvimientos de éstas por lo que, los elementos psicológicos precedentemente enumerados, forman las constituciones mentales conforme á las que se clasifican los individuos y las razas.

De los elementos psicológicos, se refieren los unos al carácter y los otros á la inteligencia.

Las razas superiores se diferencian de las inferiores, así por el carácter como por la inteligencia; pero es, sobre todo, por el carácter por lo que se diferencian los pueblos superiores. Tiene este punto gran importancia social y conviene determinarle bien. El carácter está formado por la combinación, en variadas proporciones, de los diversos elementos que los psicólogos designan comúnmente con el nombre de sentimientos. Entre los que de éstos hacen un papel más importante, conviene hacer notar, sobre todo, la perseverancia, la energía y la aptitud para dominarse, facultades más ó menos derivadas de la voluntad. Mencionaremos también entre los elementos fundamentales del carácter, aunque sólo es en realidad una síntesis de sentimientos asaz complejos, la moralidad. Este último término le tomamos en el sentido de *respeto hereditario* á las reglas sobre las cuales reposa la organización de una sociedad.

Tener moralidad, para un pueblo dado, es tener ciertas reglas fijas y no abandonarlas en la conducta. Estas reglas varían con el tiempo y de país á país. La moral parece, por esta misma razón, y en efecto lo es, muy variable; mas para un pueblo dado, y en cualquiera de los momentos que se considere de su historia, debe de ser invariable, tenaz. Hija del carácter y no de la inteligencia, no es sólidamente constituida, sino cuando se ha convertido en hereditaria y, por consiguiente, es inconsciente. En general, es de su moralidad de lo que depende la grandeza de un pueblo.

Las cualidades intelectuales son susceptibles de ser modificadas por la educación ligeramente; pero las del carácter escapan casi por completo á su influjo. Sólo ejerce alguna acción sobre ellas cuando se dirige á personas de naturaleza química neutra ó indiferente é inclinables con facilidad hacia donde se les empuja. Estas naturalezas neutras se hallan entre las individualidades, pero muy raramente en todo un pueblo y esto sólo en horas de extrema decadencia.

Los descubrimientos de la inteligencia se transmiten fácilmente de un pueblo á otro; las cualidades del carácter no se pueden transmitir. Tales son los elementos fundamentales irreductibles que permiten diferenciar la constitución mental de los pueblos. Los descubrimientos debidos á la inteligencia son el patrimonio común de la humanidad; las ex-

celencias y los defectos del carácter constituyen el patrimonio exclusivamente de cada pueblo. Es la sólida roca donde las olas han de batir día tras día durante siglos antes de llegar siquiera á modificar el contorno; es equivalente al elemento irreductible de las especies como el pico en las aves y los dientes en los carnívoros. El carácter de un pueblo y no su inteligencia determina su evolución en la historia y regula sus destinos. Se le halla siempre tras las fantasías aparentes del acaso impotente, la ficción providencia y el *destino* real que según las diferentes creencias, guían las acciones de los hombres.

La influencia del carácter es soberana en la vida de los pueblos, así como la de la inteligencia es muy débil.

Los romanos de la decadencia tenían una inteligencia mucho más refinada que la de sus rudos antecesores; pero habían perdido las grandes cualidades del antiguo carácter del *pueblo rey*, á saber: la perseverancia, la energía, la invencible tenacidad, la aptitud para sacrificarse por un ideal, el inviolable respeto á las leyes que habían producido y mantenido la grandeza de sus mayores. Es por el carácter por lo que 60.000 ingleses mantienen bajo su yugo 250 millones de indios, de los que muchos son superiores á sus dominadores por la inteligencia, y de los cuales algunos les sobrepujan considerablemente por su gusto artístico y la pro-

fundidad de sus ideas filosóficas. Es por el carácter, también, por lo que se hallan los ingleses á la cabeza del imperio colonial mayor que ha existido. El carácter es el que hace á los pueblos sentir y les mueve á ejecutar. Ellos deben bastante poco á la afición á pensar y razonar (1).

De la constitución mental de las razas es de lo que se deriva su concepción del mundo y de la

(1) La extrema debilidad de las obras de los psicólogos de profesión y su escaso interés práctico se debe sobre todo á que se han limitado al estudio de la inteligencia y han hecho, casi por completo, caso omiso del estudio del carácter. Casi ninguno de éstos, fuera de M. Paulhan, en *Ensayo sobre los caracteres* y M. Ribot, en algunas páginas, desgraciadamente pocas, han remarcado la importancia del carácter y hecho notar que forma la verdadera base de la constitución mental. «La inteligencia—escribe, con razón, el sabio profesor del Colegio de Francia—sólo es una forma accesoria de la evolución mental. El tipo fundamental es el carácter. La inteligencia más bien produce el efecto de destruir cuando está muy desarrollada.

Habrá que limitarse al estudio del carácter, como haré por demostrar, cuando se quiera describir la psicología comparada de los pueblos. Que una ciencia tan importante, que ha brotado de la historia y la psicología, no ha sido antes de ahora objeto de estudio, lo cual no se explicará bien sino teniendo en cuenta que no se puede adquirir ni en los laboratorios ni en los libros, sino solamente por medio de largos viajes. Nada nos hace aún prever que ella sea en adelante acometida por los psicólogos de profesión.

vida y por consiguiente su conducta. Nosotros presentaremos pronto importantes ejemplos. El individuo, impresionado en cierta forma por las cosas exteriores siente, piensa y obra de un modo bien distinto á como pensarán, sentirán y obrarán otros que posean una constitución mental diferente. Resultando que las constituciones mentales constituidas sobre tipos muy diversos no llegarán á compenetrarse. Las luchas seculares de las razas no tienen, sobre todo, por origen, la incompatibilidad de su respectivo carácter. Es imposible comprender bien la historia si no se tiene de continuo presente en el espíritu, que las razas diferentes no podrán sentir, ni pensar, ni proceder de una misma forma ni, por tanto, comprenderse recíprocamente. Sin duda pueblos diferentes tienen en su idioma respectivo palabras comunes que ellos creen sinónimas; pero tales palabras son reveladoras de ideas, sentimientos y sensaciones muy desemejantes, según el pueblo á quienes se refiera. Es necesario haber vivido con los pueblos cuya constitución mental difiere de la de uno, para comprender el gran abismo que separa entre sí á pueblos divergentes. Se puede, sin hacer largos viajes y duraderas estancias en país extranjero, tener alguna idea de aquellas hondas separaciones, teniendo en cuenta la gran distancia mental que hay entre el hombre civilizado y la mujer, aunque sea ésta muy instruída. Se pueden tener intereses y

sentimientos comunes, pero jamás encadenamientos de ideas semejantes. Se hablarán los hombres de razas diversas, durante siglos, sin entenderse, porque están formados sobre tipos diferentes por todo extremo, para que puedan ser impresionados por las cosas exteriores de un mismo modo. La diferencia de su lógica respectiva es bastante á establecer entre ellos una insuperable barrera.

Esta separación entre la constitución mental de las razas nos explica por qué los pueblos superiores no han podido jamás hacer que los inferiores acepten su civilización. La idea, tan extendida todavía, de que la instrucción puede lograr este efecto, es una de las más funestas ilusiones que los teorizantes de la razón pura han engendrado. Sin duda la instrucción permite, gracias á la memoria, que aun los seres más inferiores poseen— que no es solamente privilegio del hombre—, dar á algún individuo colocado en lo más bajo de la escala humana el conjunto de emociones que posee un europeo. Así se puede hacer un bachiller ó un abogado de un negro ó de un japonés; pero no se le da más que un simple barniz, harto somero y sin acción sobre su constitución mental. Pero la instrucción no puede darle, porque sólo la herencia las produce, ni las formas del pensar, ni la lógica y, sobre todo, el carácter de los occidentales. El negro y el japonés acumularán todos los diplomas posibles, pero no llegarán

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ed. 1907 MONTENEGRO, CUBA

37109

al nivel de un europeo ordinario. En diez años se les dará la instrucción de un inglés bien educado; mas para hacer de un japonés un verdadero inglés, es decir, un hombre que se produzca como un inglés en las diversas circunstancias de la vida, se necesitarían mil años, por lo menos. Sólo es en apariencia como un pueblo transforma su lengua, su constitución, sus creencias ó sus artes. Para operar, en realidad, tales cambios, es necesario transformar el alma de los pueblos.

CAPITULO IV

DIFERENCIACIÓN PROGRESIVA DE LOS INDIVIDUOS Y DE LAS RAZAS

La desigualdad entre los individuos de una misma raza es tanto mayor cuanto más elevada sea la raza.—Igualdad mental de todos los individuos de las razas inferiores. No son las capas medias de los pueblos, sino las superiores las que hay que comparar á fin de apreciar las diferencias que separan á las razas unas de otras.—Los progresos de la civilización propenden á ahondar las diferencias entre los individuos y las razas.—Consecuencias de esta diferenciación.—Razón psicológica que la impide de llegar á ser demasiado considerable.—Los diversos individuos de las razas superiores son muy diferentes desde el punto de vista de la inteligencia y muy poco respecto del carácter.—De cómo la herencia tiende á retraer la superioridad al tipo medio de la raza.—Observaciones anatómicas que confirman las diferenciaciones psicológicas progresivas de las razas, los individuos y los sexos.

Las razas superiores no se distinguen de las inferiores únicamente por sus caracteres psicológicos y anatómicos. Se distinguen también por la diversidad de elementos que entran en su seno. Entre las razas inferiores, todos los individuos, aun los que son de sexo diferente, poseen, poco más ó menos, el mismo nivel mental. Estas semejanzas presentan la imagen perfecta de la igualdad preco-

nizada por los modernos socialistas. En las razas superiores, por el contrario, la desigualdad intelectual de los individuos y los sexos es lo que constituye la regla.

Tampoco es comparando entre ellas el promedio de los pueblos, sino sus clases superiores, como se puede medir la extensión de sus diferencias. Indios, chinos y europeos se diferencian intelectualmente muy poco por sus promedios respectivos; pero se diferencian extraordinariamente por sus capas más elevadas.

Una de las principales consecuencias de la civilización es, de una parte, diferenciar á las razas por el trabajo intelectual, cada vez más considerable, que impone á los pueblos que han llegado á un alto grado de cultura y, de otra, diferenciar más y más las diversas capas de que cada pueblo civilizado se compone.

Las condiciones de la evolución industrial moderna condenan á las clases inferiores de los pueblos civilizados á una labor muy especializada, que lejos de desarrollar la inteligencia tiende á amenazarla. Un obrero, cien años ha, era un verdadero artista capaz para ejecutar todos los detalles de un mecanismo cualquiera, un reloj, por ejemplo. Hoy, no es más que una especie de manubrio que hace siempre una sola y misma cosa, pasa su vida puliendo piezas siempre iguales y de una sola forma y moviendo la misma herramienta. Resultando así

que su inteligencia se atrofia pronto y por completo. En cambio, bajo la presión de la concurrencia, cada vez más refinada por nuevos descubrimientos de producción, el industrial ó el ingeniero que dirige al obrero se ve en la necesidad de acumular infinitamente más conocimientos y espíritu de iniciativa que necesitaría el mismo industrial ó el mismo ingeniero un siglo antes. Constantemente ejercitado su cerebro, bajo la ley que en tales casos rige á los órganos corpóreos, se desarrolla más y más.

Tocqueville había indicado ya esta diferenciación progresiva de las capas sociales en una época en que la industria se hallaba muy lejos del grado de desarrollo que hoy tiene. «A medida que el principio de la división del trabajo alcanza una aplicación más completa, el obrero se torna más débil, más limitado y menos independiente. El arte progresa; pero el artesano retrograda. El patrón y el obrero se diferencian más cada día uno de otro.»

Hoy, un pueblo superior puede, desde el punto de vista intelectual, ser considerado como constituyendo una especie de pirámide en gradería de la cual la parte mayor está formada por las masas profundas de la población, y las gradas superiores por las capas inteligentes (1); el vértice de la pi-

(1) Digo inteligentes y no instruidas. Es un error del pueblo latino creer que hay paralelismo entre inteligencia

rámide por una pequeña élite de sabios, de inventores, de artistas, de escritores agrupados y, á gran distancia, frente á frente del resto de la población, pero que por sí sola da el nivel del país en la escala intelectual de la civilización, y si desapareciera, arrastraría consigo todo lo que constituye la gloria de la nación. «Si Francia—como dice con justicia Saint-Simón—perdiese súbitamente sus cincuenta primeros sabios, sus cincuenta primeros artistas, sus cincuenta primeros fabricantes, sus cincuenta primeros agricultores, la nación se convertiría en una especie de cuerpo sin alma: quedaría decapitada. Pero si, por el contrario, perdiese todo su personal oficial, este acontecimiento afligiría á todos los franceses; pero no resultaría para el país más que una leve perturbación.»

é instrucción; la instrucción significa solamente la posesión de cierta cantidad de memoria; pero no necesita para ser adquirida ninguna cualidad de juicio, reflexión, iniciativa y espíritu de invención. Con frecuencia se hallan individuos con muchos diplomas académicos que son harto limitados, y, en cambio, se hallan otros muchos que son poco instruidos y tienen una gran inteligencia. Las gradas superiores de nuestra pirámide estará formada, pues, por elementos facilitados por todas las clases sociales. En todas las profesiones sólo hay un pequeño número de profesionales distinguidos. Parece que las clases llamadas superiores encierran, sin embargo, por ley de herencia, el mayor número de espíritus elevados, y acaso en tal hecho esté la razón de la superioridad de aquellas clases.

Con los progresos de la civilización, la diferenciación entre las clases extremas de una población se acrecienta rápidamente; ella, asimismo, en ciertos casos, se multiplica siguiendo en su desarrollo lo que los matemáticos llaman una progresión geométrica. Basta, pues, si ciertos efectos de la herencia no lo impiden, dejar pasar el tiempo para ver las capas superiores de la población, separadas intelectualmente de las inferiores por una distancia tan grande como la que separa el blanco del negro.

Pero multitud de razones se oponen á que esta diferenciación intelectual de las capas sociales se cumplan con tanta rapidez que se la pueda admitir teóricamente. En efecto, en primer lugar, la diferenciación no se opera casi nada más que sobre la inteligencia y no sobre el carácter; y sabemos que es el carácter y no la inteligencia, el que desempeña el papel fundamental en la vida de los pueblos. En segundo lugar, las masas tienden hoy, por su organización y disciplina, á tornarse todopoderosas. Su aversión á las superioridades intelectuales es evidente. Es probable que toda aristocracia intelectual esté destinada á ser violentamente destruída por revoluciones periódicas, á medida que las masas populares se organizan, como fué hace un siglo destruída la antigua nobleza. Cuando el socialismo se adueñe de Europa, su sola manera de existir durante algún tiempo será hacer perecer á todos los individuos que posean una superioridad capaz

para elevarles, por muy poco que sea, por encima de un humilde promedio.

Además de las dos causas que acabo de enunciar; y que son de un orden artificial, pues que resultando de las condiciones de la civilización pueden variar, hay una mucho más importante—porque es una ley natural ineludible—y que impedirá siempre á la élite de toda nación no diferenciarse intelectualmente de las capas inferiores, sino diferenciarse con rapidez. En frente de las condiciones actuales de la civilización que tienden cada vez más á diferenciar á los hombres de una misma raza se encuentran, en efecto, las pesadas leyes de la herencia que tienden á hacer que desaparezan ó se adapten al tipo medio los individuos que las traspasan.

Antiguas y repetidas observaciones mencionadas por los autores que han tratado de la ley de herencia comprueban que, en efecto, los descendientes de familias eminentes por su inteligencia concluyen tarde ó temprano—más lo primero que lo segundo—por degeneraciones que tienden al agotamiento de la estirpe.

La gran superioridad intelectual no parece lograrse, sino á condición de no dejar tras de sí más que degenerados. En efecto, no es sino contribuyendo á aumentar los elementos que bajo sí tiene, como puede subsistir la punta de la pirámide social de que se ha hecho mención. Si se reuniese en un paraje aislado del resto del mundo aquella élite

daría lugar, con su reproducción, á una raza llena de degeneraciones varias y condenada, por consiguiente, á extinguirse pronto. Las grandes superioridades intelectuales pueden ser comparadas á las monstruosidades botánicas creadas por el jardinero. Abandonadas á sí mismas vuelven al tipo medio de la especie, que es tan poderoso porque representa la larga serie de los antepasados.

El estudio atento de diversos pueblos muestra que, si los individuos de una misma raza se diferencian inmediatamente por la inteligencia, también se diferencian mucho por el carácter. Para estudiar una raza debemos considerarla desde dos puntos de vista muy diferentes. Desde el intelectual la raza no es más que la élite á la cual son debidos los progresos científicos, literarios é industriales de una civilización. Desde el punto de vista del carácter, es el promedio social lo que importa conocer para formar exacto concepto de la raza. Del nivel de este promedio es de lo que depende el poder de los pueblos. En rigor se puede sobrepasar la intelectualidad de una élite intelectual; pero no se pasa de un determinado nivel de carácter, como demostraremos pronto.

Los individuos de una raza se diferencian de más en más á través de los siglos intelectualmente; pero tienden siempre á oscilar en torno al tipo medio de la raza en lo que atañe al carácter.

Es á este tipo medio que se eleva lentamente

en la escalá de la civilización al que pertenece la inmensa mayoría de los miembros de toda nación. El núcleo fundamental está revestido—al menos entre los pueblos superiores—de una mínima cantidad de espíritus eminentes, capital desde el punto de vista de la civilización, pero sin importancia por lo que á la raza se refiere. Destruída sin cesar es también sin cesar renovada, á expensas de la capa social media, que no varía sino muy lentamente, porque las menores variaciones para ser durables exigen ser acumuladas en un mismo sentido por la herencia, durante muchos siglos.

Hace muchos años que yo expuse, apoyándome en razones anatómicas, puramente las ideas que preceden sobre la diferenciación de los individuos y las razas, y en cuya justificación ahora no he invocado sino razones de carácter psicológico. Los dos órdenes de observación conducen al mismo resultado; y voy á permitirme reproducir aquí algunas conclusiones de las que aparecen en mi antiguo trabajo aludido. Se apoyan en medidas tomadas en muchos cráneos antiguos y modernos procedentes de hombres de diversas razas. He aquí los puntos más esenciales:

El volumen del cráneo está en estrecha relación con la inteligencia, según se ve si, dejando aparte los casos individuales, operamos sobre series. Se observará entonces que lo que distingue á las razas inferiores de las superiores no son débiles varia-

ciones en la capacidad media de sus cráneos, sino el hecho esencial de que las razas superiores contienen, dentro de la serie observada, cierto número de individuos con el cerebro altamente desarrollado, lo cual no sucede á las inferiores. No es, pues, por las multitudes, sino por el número de aquellos que se distinguen, por lo que las razas difieren. De un pueblo á otro la diferencia media del cráneo no es muy importante, á no ser que consideremos alguna raza de todo punto inferior.

Comparando los cráneos de diversas razas humanas del presente y el pasado, se ve que las que muestran, en ellos, una mayor variación de individuo á individuo son las más elevadas en civilización; que á medida que una raza se civiliza los cráneos de sus individuos se diferencian más y más, lo cual conduce al resultado de que no es hacia la igualdad intelectual adonde conduce la civilización, sino á la desigualdad más profunda. La igualdad anatómica y psicológica no existe sino entre los individuos de las razas extremadamente inferiores. Entre los miembros de una tribu salvaje, dados todos á unas mismas ocupaciones, la diferencia es muy escasa. Entre los campesinos, que sólo tienen trescientas palabras en su vocabulario, y el sabio, que tiene cien mil, con las ideas correspondientes, la diferencia es gigantesca.

Debo añadir á lo que precede, que la diferenciación entre individuos producida por el desenvolvi-

miento de la civilización se manifiesta también entre los de sexo diferente. Entre los pueblos inferiores ó entre las capas más bajas de los superiores, el hombre y la mujer son intelectualmente muy semejantes. Por el contrario, á medida que la civilización se propaga en un pueblo tienden los sexos á diferenciarse más y más.

El volumen del cráneo del hombre y de la mujer cuando se compara únicamente sujetos de igual edad, igual estatura é igual peso presentan diferencias que crecen rápidamente con la civilización. Muy débiles estas diferencias en las razas inferiores se tornan inmensas en las superiores. En las razas superiores los cráneos femeninos son generalmente, casi de igual desarrollo que los de mujeres de raza inferior. No obstante ser la inmensa mayoría de los cráneos masculinos parisienses, de los más gruesos conocidos, los de las mujeres de París se pueden clasificar entre los más pequeños observados, casi al nivel de los de las mujeres chinas y muy poco por encima de los cráneos de las naturales de Nueva Caledonia (1).

(1) Dr. Gustavo Le Bon. *Observaciones matemáticas y anatómicas sobre las variaciones del volumen del cerebro y sobre sus relaciones con la inteligencia*. En 8.º, 1879. Memoria premiada por la Academia de Ciencias y la Sociedad de antropología.

CAPITULO V

FORMACIÓN DE LAS RAZAS HISTÓRICAS

Cómo se forman las razas históricas.—Condiciones bajo las cuales, razas diversas se fusionan para formar una raza sola.—Influencia del número de los individuos concurrentes, de la desigualdad de sus caracteres, de los medios, etc.—Resultados de los cruzamientos.—Razón de la gran inferioridad de los mestizos.—Movilidad de los caracteres psicológicos nuevos creados por los cruzamientos.—Cómo llegan estos caracteres á ser permanentes.—Los períodos críticos de la historia.—Los cruzamientos constituyen un factor esencial de formación de razas nuevas y á la par un factor poderoso de disolución de civilizaciones.—Importancia del régimen de castas. Influencia de los medios.—No pueden influir más que sobre las razas nuevas en vía de formación, en las cuales los cruzamientos han desasociado los caracteres hereditarios.—Los medios no influyen nada en las razas antiguas.—Varios ejemplares.—La mayor parte de las razas históricas actuales de Europa se hallan en vías de formación.—Consecuencias políticas y sociales.—Por qué el período de formación de las razas históricas habrá pasado pronto.

Hemos hecho observar que no se pueden hallar entre los pueblos civilizados verdaderas razas, en el sentido científico de la palabra, sino solamente razas históricas; es decir, razas creadas por los azares de la conquista, de las inmigraciones, de la política, etc., y formadas por la mezcla de individuos de orígenes diferentes.